

Un parque llamado Lhasa de Sela

Written by Ángel Mota Berriozábal

En la frontera entre dos mundos, la Petite Italie y el del Fin de la Ruta, o Mile End, existe un parque de nombre Lhasa de Sela. Ahí me detuve, para observar no sólo el parque sino un quiosco, dentro del cual había una instalación invernal en honor a la cantante.

Evoqué a la joven Lhasa, que conocí hace como veintiocho años. Pensé, ante abetos cubiertos de nieve, que Lhasa de Sela hizo historia. Era una mexicana-americana que comenzó cantando canciones de Tito Junco en los bares de Montreal, donde la vi por primera vez, y acabó dando conciertos en el mundo. The Times en Londres la consideró, poco antes de morir de cáncer de seno en el 2010, como la mejor cantante de Musique du Monde de los últimos diez años. Además ganó el premio Juno de Canadá, el de Mejor artista de las Américas otorgado por la BBC de Londres, y el Félix Leclerc en Quebec. Su música ha sido usada en varias películas, como *Cold Souls* de Sophie Barthes, y en la serie de televisión *The Sopranos*. Yo la conocí en el Escogriffe, *un bar très populaire sur la rue Saint Denis*. Fue a menos de dos años de haber llegado a Montreal. Me sentía solo y no conocía a nadie que hablase español. Vivía todavía el quebranto de la salida de México en su momento más intenso. Oírla cantar boleros entonces fue como sentirme en mi país de origen dentro de en un mar francohablante. Escuchar a Lhasa de Sela en ese momento fue como ver y sentir mi identidad en una frontera nebulosa, entre un mundo y el otro.

Esa noche, cuando acabó de cantar, le confesé que era un recién llegado del DF y que su voz me había reconfortado. Le pregunté de dónde venía. Me comentó que ella también acababa de llegar, de Estados Unidos, donde nació. Me dijo que su padre era mexicano y su madre estadounidense. Recuerdo su sonrisa, su mirada sobre mí, esa amabilidad distante de quien siempre está pensando en algo.

Jamás me imaginé que casi treinta años después yo pasearía en un parque que tiene su nombre escrito en una pancarta, y donde hay imágenes de sus pinturas distribuidas bajo el kiosco. Porque Lhasa de Sela era pintora también. En la caja de música que hay en ese quiosco del parque en el Mile End, al girar una manivela puedes oírla cantar su canción *Anyone and Everyone*, mientras unas luces iluminan una serie de rostros que creó. Las pinturas son de personas que hicieron parte de su vida y están incrustadas en abetos de plástico, algo kitsch. Se puede así escuchar su voz en el parque donde iba seguido a componer y a cantar con sus amigos. Fueron ellos los que por tres años hicieron de todo para la Ciudad de Montreal otorgara su nombre a este espacio, situado junto a un puente que liga al este con el oeste, frente a lo que fue un enorme depósito, con tanque de agua en su cima, un símbolo del Mile End.

Ahí llegaban los trenes para cargar mercancías que producían los obreros quebequenses, italianos, judíos, griegos. Era donde terminaba el camino para la mayoría dominante, y donde empezaba para los inmigrantes y los quebequenses pobres, que en esa zona encontraron un refugio, un departamento malsano o un terreno baldío donde construir casas, huertos, una iglesia. Ahí se forjó una comunidad entera, con italianos, griegos y quienes les antecedieron, judíos. Obreros que no veían el día, solo *sentivano il rumore del treno*. Por las vías de ese ferrocarril que trajeron a inmigrantes de todo el orbe *there is now a Highline, like in New York, but more humble, non pas sur un pont, mais au ras de la terre, on l'appelle Réseau Vert*, un sendero con esculturas de hierro, jardines, murales, *ayant comme vue, tout le long, des usines et des usines, maintenant vides, mais jadis symbole de l'ère industriel de Montréal*.

Por eso el parque Lhasa de Sela es más que un agradecimiento a una gran mujer y cantante: es la presencia de una mexicana-americana que cambió el rumbo de la música en Quebec y nos invita todavía con su viaje musical a sentir lo que somos.

Sí, esa jovencita que descubrí cuando yo también era un jovencito, me devuelve a mis identidades, las que se viven entre fronteras, las que crean arte, forjan ciudades. Con la presencia de Lhasa por siempre en donde se supone que acaba la ruta, arranca ese tren que siempre nos llevará a algún lado.

O como dijo la mexicana en su canción *Anywhere on this road*:

You've travelled this long
You just have to go on
Don't even look back to see
How far you've come
Though your body is bending
Under the load
There is nowhere to stop
Anywhere on this road.